Adolescencia & masculinidad

Luces y sombras desde el activismo y la coeducación

Vicent Bellver
Giuseppe Savino

Adolescencia y masculinidad

Luces y sombras desde el activismo y la coeducación

VICENT BELLVER & GIUSEPPE SAVINO

Pasquines, 14

junio de 2025

Adolescencia y masculinidad. Luces y sombras desde el activismo y la coeducación

Vicent Bellver Loizaga, investigador postdoctoral en estudios feministas, Universitat de València - Université Paris 8

Giuseppe Savino, periodista en *La Directa* y tallerista en masculinidades y feminismo

Ediciones El Salmón nace a contracorriente de los relatos oficiales sobre el progreso y el desarrollo tecnológico, y ofrece ensayos críticos sobre el papel de la tecnología en la sociedad, las repercusiones de la cultura industrial tanto en los seres humanos como en la biosfera, así como obras que denuncian cualquier tipo de autoritarismo que se presente como una «solución» a la crisis permanente que supone el modo de vida capitalista.

No nos busques en Facebook y Twitter que no estamos.

contacto@edicioneselsalmon.com
www.edicioneselsalmon.com

ÍNDICE

Introducción y objetivos……5

Metodología……..9

Resultados y discusión…….……12

Las «nuevas masculinidades»: ¿una cuestión de nombres?....12

El género como paradigma… y sus «problemas»……14

¿Más allá del poder?.....16

La culpa……18

De la culpa a la moral: Tutto cambia perché nulla cambi.....21

Conclusiones y limitaciones……24

Limitaciones del debate actual……26

Bibliografía……28

Introducción y objetivos

Desde hace más de una década, no sólo ha habido una revitalización del activismo por la igualdad por parte de los hombres, sino que, además, estos se han implicado en toda una serie de intervenciones sociales, entre las cuales destacan los talleres y cursos sobre «nuevas masculinidades», «masculinidades igualitarias» o «feministas» en centros educativos, colectivos, asociaciones y diversas instituciones públicas. De hecho, los autores de este ensayo han formado parte de dicho movimiento, y han realizado talleres y cursos en el País Valencià y Catalunya. A pesar de ese esfuerzo, el año pasado, 2024, saltaba a la prensa la siguiente noticia: según la encuesta *Percepciones sobre la igualdad entre hombres y mujeres y estereotipos de género* del Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS), un 44% de los hombres españoles pensaban que el feminismo había ido demasiado lejos y que, ahora, los discriminados eran ellos[1]. Una percepción que era más alta, superando el 50%, entre los más jóvenes, de 16 a 24 años[2]. Las respuestas en las redes no tardaron en llegar y, pronto, la noticia se hizo viral.

Algunas voces, por el contrario, pusieron el énfasis en el 66% restante, mientras otras se lamentaban de cómo era posible que hubiéramos llegado a esta situación. En un contexto, además, en que la derecha y la extrema derecha, que enarbola discursos antifeministas y homófobos, iba ganando espacios.

---

[1] «El 44% de los hombres opina que la promoción de la igualdad ha ido demasiado lejos y los discrimina», *20 minutos*, 15/01/24.

[2] « Un 54% de hombres jóvenes catalanes creen que el feminismo “ha ido demasiado lejos”, según el CEO», *El País*, 21/02/24.

El antifeminismo no es un fenómeno aislado, sino una estrategia de resistencia del patriarcado ante el avance del feminismo en la sociedad civil, las instituciones y los medios.

El feminismo ha alcanzado, especialmente desde la última década, una presencia creciente en la sociedad civil, las instituciones y los medios de comunicación. Podemos hablar incluso de una nueva hegemonía en términos gramscianos[3]. Ante esta «hegemonía feminista», la reacción busca recuperar el control ideológico y cultural mediante una contrahegemonía. Opera en dos niveles: en la sociedad civil, medios y grupos ultraconservadores difunden discursos antifeministas; y, en la sociedad política, sectores de derecha promueven leyes y narrativas que frenan los avances en igualdad de género. Y sí, sin duda, esa reacción antifeminista está muy presente. Pero necesitamos también unos análisis detallados para pensar también las posibles «trampas» en las que, desde los feminismos, hemos podido caer. A modo de ejemplo citaremos algunos aspectos que hemos ido viendo en nuestra propia práctica.

---

[3] Antonio Gramsci definió la hegemonía como el control ideológico y cultural que una clase dominante ejerce para mantener su poder, haciendo que sus valores sean aceptados como «naturales» o de «sentido común» (Gramsci, 2014). En este contexto, la «nueva hegemonía» feminista significa que los valores de igualdad de género, lucha contra la violencia machista y defensa de los derechos de las mujeres han pasado de ser reivindicaciones marginales a formar parte del consenso social, influyendo en las instituciones, las leyes y los discursos públicos. Ante este cambio, los sectores que quieren mantener el *statu quo* patriarcal han desplegado una estrategia de contrahegemonía para frenar o revertir esta influencia. Así, el antifeminismo no es sólo una oposición a políticas concretas, sino una respuesta estructurada para evitar la consolidación de esta hegemonía feminista.

En los institutos hemos podido comprobar que la programación de estas acciones formativas e intervenciones, en la casi totalidad de los casos, vienen «desde arriba» —es decir, los equipos directivos, el ayuntamiento de la localidad, la Diputación o alguna asociación «cercana»—, pero pocas veces se hace desde los intereses ni del profesorado ni del propio alumnado, de manera que el trabajo no se encuentra contextualizado en el aula. Además, como en muchos casos se trata de acciones planteadas por agentes externos, los contenidos a menudo resultan repetitivos o similares, a lo largo de un mismo curso o en los diferentes años de escolarización. Todo esto ha hecho que haya cierto «aburrimiento de género» entre los jóvenes (El Salto TV, 2023).

Por otra parte, como talleristas y formadores nuestra actividad se encuentra limitada en muchas ocasiones a una o dos horas y, a menudo, las cuestiones relativas al género o la educación sexual que introducimos no se continúan trabajando ni en la tutoría ni en el resto de asignaturas; hecho que se experimenta por partes de los/las talleristas como una especie de «paracaidismo» y que influye también en nuestra tarea (El Salto TV, 2023). En el caso concreto de los talleres y formaciones en masculinidades, el enfoque ha estado muy centrado en el discurso del peligro y de prevención de la violencia, lo cual tiene también ciertas consecuencias, que trataremos aquí. En este sentido, muchos niños y adolescentes ya están influidos por discursos antifeministas que reciben de la familia o a través de las redes, y esto les lleva a percibir que son señalados como «los que se portan mal» o «los machistas». Esta sensación de rechazo dificulta la posibilidad de un proceso real de diálogo y aprendizaje.

En los diferentes cursos con adultos, que no son formaciones obligatorias, las problemáticas han sido un poco diferentes. La primera es que las personas que se apuntan ya son las «convencidas». Es decir, el alumnado ya tiene un «compromiso» con los feminismos y los temas de igualdad. Por el contrario, es bastante difícil que se acerque gente que, en un primer momento, no se siente interpelada. Además, un porcentaje elevadísimo del alumnado de estas formaciones son mujeres (o personas socializadas como tales). De manera que el público «objetivo» al cual irían dirigidas, los hombres, suele ser minoritario o testimonial.

Por otra parte, los cursos que hace unos años se llenaban han perdido ahora bastante capacidad de convocatoria, por lo cual nos preguntamos hasta qué punto podía ser fruto de una «moda» derivada de su carácter novedoso. Por último, el cambio político de algunas instituciones por partidos con discurso antifeministas ha supuesto el cierre de algunas de estas formaciones, a pesar de estar bien valoradas por el alumnado anterior. Estamos lejos, pues, de poder considerar en conjunto estas intervenciones como exitosas. El objetivo de este ensayo, pues, es preguntarse sobre cuáles pueden haber sido las limitaciones de estas intervenciones y cómo desde el activismo y la coeducación pueden realmente transformar las masculinidades. Hay que discutir la influencia de los movimientos sociales y los medios audiovisuales en la promoción de una igualdad de género más efectiva.

Metodología

La metodología utilizada en este ensayo parte de la integración necesaria entre teoría y práctica, siguiendo una perspectiva de Paulo Freire que concibe la educación como un proceso dialógico y transformador: «La educación ofrecida a los estudiantes debe ser una educación problematizadora, que estimule la reflexión crítica sobre la realidad y promueva una acción transformativa (2002, 67). Nos basamos en un marco teórico que hemos intentado aplicar en diversos contextos formativos, pero la experiencia directa nos ha permitido observar que los efectos no siempre son los esperados. En particular hemos constatado que los discursos que de una manera más o menos explícita se basan en la culpabilización o semiculpabilización de los hombres, no contribuyen realmente a generar procesos de cambio profundos.

Esta reflexión no surge sólo de un análisis teórico, sino de años de trabajo en diferentes espacios formativos sobre masculinidades, donde hemos podido ver cómo ciertas estrategias, aunque conceptualmente bien fundamentadas, pueden resultar ineficaces o incluso contraproducentes en la práctica. Desde esta perspectiva, nos situamos en una línea freireana de educación problematizadora, que busca generar un aprendizaje crítico a partir de la experiencia y la participación activa de los sujetos, en lugar de una transmisión unidireccional de conocimientos o discursos predefinidos.

Nuestro trabajo en este campo se ha desarrollado en diferentes contextos y con diversos colectivos, lo cual nos ha permitido adquirir una perspectiva amplia y diversificada. De manera resumida, las experiencias que conforman este bagaje incluyen:

- Talleres en Institutos de educación secundaria (IES): desde 2019, hemos llevado a cabo talleres en centros de las provincias de Castellón y Valencia. Hemos trabajando con adolescentes en la reflexión crítica sobre la masculinidad.

- Ciclo de talleres de larga duración en IES de Valencia: durante dos cursos académicos, hemos desarrollado un programa conjuntamente con una asociación de la ciudad de Valencia. También hemos ofrecido un trabajo continuado en el tiempo que ha permitido un seguimiento más profundo del proceso de cambio y reflexión de los participantes.

- Talleres dirigidos a diferentes colectivos sociales: hemos intervenido en espacios comunitarios y asociativos con grupos diversos, y hemos adaptado las dinámicas y contenidos a las necesidades concretas de cada contexto.

- Curso abierto ofrecido por una asociación especializada en el trabajo con personas migrantes: este curso, impartido en Valencia, ha permitido explorar la intersección entre masculinidades, procesos migratorios y desigualdades estructurales.

- Sesiones en una universidad catalana: hemos participado en la formación de investigadores y personal laboral, y hemos contribuido al enriquecimiento académico en el análisis de las masculinidades y sus implicaciones sociales.

- Curso para personas adultas organizado por el ayuntamiento de una localidad de 70.000 habitantes: este espacio formativo ha permitido trabajar con una población diversa en edad y experiencias, y ampliado la reflexión sobre los roles y las dinámicas de género en diferentes etapas de la vida.
- Cursos para personal de la Administración valenciana: hemos llevado a cabo dos ediciones de un programa de formación para profesionales de la Administración, y hemos incidido en la importancia de la perspectiva de género en el ámbito institucional y en las políticas públicas.

Este recorrido nos proporciona un conocimiento empírico sobre las luces y sombras de los procesos formativos en masculinidades en los últimos años. Este conocimiento coincide con algunas de las reflexiones expresadas por otros formadores que trabajan en el ámbito estatal (El Salto TV, 2023). Además de esta experiencia práctica, nos apoyamos en los estudios académicos sobre masculinidades y en la formación reglada de los autores. Este bagaje incluye el título de Especialista Universitario en Masculinidades, Género e Igualdad por la Universidad de Elche y el Máster en Sexología por la Universidad de Alcalá de Henares. De esta manera, nuestro enfoque no se basa únicamente en la práctica profesional, sino también en una lectura y discusión sistemática de algunos de los estudios clave sobre masculinidades, tanto del ámbito estatal como internacional. En su obra *Pedagogía de la esperanza* (1992), Paulo Freire reflexiona sobre cómo la práctica educativa debe ser revisada

constantemente en función de los resultados y de la realidad concreta en que se aplica. En esta línea, nuestra experiencia nos ha enseñado que no podemos dar por hecho que determinadas estrategias formativas conducirán necesariamente al cambio deseado, sino que hay que analizar sus efectos, ajustarlas y reformularlas cuando sea necesario.

La educación sobre masculinidades no puede reducirse a un discurso unidireccional ni a una lógica moralizadora, sino que ha de incluir un espacio para la reflexión conjunta, donde los participantes puedan reconocer las estructuras de poder que los atraviesan sin sentirse paralizados o culpabilizados, sino empoderados para el cambio. Finalmente, incorporamos a nuestro marco de análisis las aportaciones de la sexología como disciplina, dado que ésta proporciona herramientas conceptuales valiosas para entender las identidades sexuales, las dinámicas relacionales y sus implicaciones en la sociedad contemporánea.

Resultados y discusión

Las «nuevas masculinidades»: ¿una cuestión de nombres?

La conceptualización de «nuevas masculinidades» tal vez ha sido de las más exitosas a la hora de hablar de otras formas de ser hombre «alternativas» o diferenciadas de aquello que se considera el hombre «tradicional» (y, por lo tanto, el sujeto que es objeto de crítica). Sin embargo, presenta, desde nuestro punto de vista, ciertos problemas teóricos y prácticos. El primero de estos es que se fundamenta en una oposición viejo/nuevo que no resiste un análisis sociohistórico. No sólo

porque no hay una única forma de masculinidad (Connell, 2003), sino por el hecho de que estas no son estancas ni cerradas. De hecho, muchas veces se encuentran impregnadas de otros elementos, como intentó recoger el concepto de «masculinidades híbridas» (Bridges y Pascoe, 2014). Sin olvidar que la denominada «masculinidad tradicional» parece más propia de la generación que llegó a la edad adulta entre los años 1940 y 1950 que no de las generaciones contemporáneas. Ha habido toda una serie de importantes cambios en el mundo laboral, con la incorporación masiva de las mujeres al trabajo asalariado, o de la propia concepción de la paternidad —entendiéndose ésta como más amorosa e íntima— que no se tienen en cuenta.

Pero quizás el elemento más llamativo es que, aunque no se dice de forma explícita, este discurso sobre las nuevas masculinidades se basa en una dualidad moral «bueno» / «malo». De esta manera, los «nuevos» hombres pasan a ser una especie de ejemplo a seguir —*Nuevos hombres buenos* se titula incluso algún libro—, mientras que los «viejos» son vilipendiados. Por otra parte, si bien no está enunciado dentro del término «nuevas masculinidades», también su elaboración mayoritaria resulta problemática. Desde nuestro punto de vista está dirigida a un sujeto muy particular: un hombre blanco adulto que no se encuentra en situación precarizada y que, además, es —mayoritariamente— heterosexual. ¿Por qué decimos esto? Si prestamos atención a los contenidos que se han desarrollado, vemos que buena parte de ellos ponen el acento en temas como la importancia de la convivencia con una pareja mujer, el reparto de las tareas domésticas y de cuidado y la paternidad. Pensamos que esto, que pretende implícitamente «universalizar» una experiencia concreta,

puede también ser fruto de resistencias o alejamientos. Por otra parte, y si nos adentramos en toda la elaboración que se viene realizando también desde los estudios queer, habría que añadir que identificar hombres y masculinidad resultaría además simplista (Halberstram, 2003). Existe una «masculinidad femenina» —y una femineidad masculina—, de manera que la ecuación «Masculinidad= hombre (biológico)» deja fuera muchas otras realidades.

Todos estos elementos han hecho que progresivamente vayan ganando terreno otras terminologías como «hombres igualitarios», «hombres antipatriarcales» o —una a menudo controvertida— «hombres feministas».

El género como paradigma… y sus «problemas»

Otro de los problemas radica en el concepto mismo de «género». Su formulación en el ámbito médico en la década de 1950, y su posterior extensión a raíz de la década de 1970 a los estudios feministas, tuvo —y todavía tiene— un potencial liberador: poner el énfasis en los llamados factores socioculturales —construidos—, y no en el cuerpo o aquello biológico. Esto abriría una posibilidad emancipadora de cambio si se transformaba la cultura. Y así ha sido. De hecho, podemos decir que en los «países occidentales» el horizonte que vinculaba casi irremediablemente a las mujeres con la maternidad se ha ido transformando progresivamente, a pesar de encontrar todavía resistencias en ciertos sectores de la población. Este potencial, no hace falta insistir, ha sido clave.

Sin embargo, los programas e intervenciones educativas basadas en el concepto de género nos han llevado a otro tipo de contratiempos.

Por un lado, aunque la epistemología feminista había criticado la dicotomía hombre/mujer, ésta reaparece con fuerza, pero ahora no desde un fundamento biológico, sino sociocultural. Así, nos encontramos ante una nueva forma de naturalización: la distinción entre personas socializadas como hombres y personas socializadas como mujeres. Además, ante la creciente y más visible diversidad en las aulas, vemos que cuando hablamos de este binario hay un segmento de nuestro alumnado que puede no encajar y se dan algunas situaciones incómodas: ¿Qué pasa si hacemos la actividad de manera no mixta con personas que se consideran no binarias? ¿Sobre qué socialización preguntamos a las personas que se puedan encontrar en transición?

Por otra parte, al hablar de «género» hablamos, sobre todo, de estereotipos y roles. Esto hace que las vivencias que tiene el alumnado, y con las cuales se pretende conectar para realizar «el cambio», se encuentren sin embargo alejadas de estos estereotipos y roles. Ocurre, pues, que muchas veces no se sienten interpelados/interpeladas y nos dicen que las problemáticas tratadas «son cosas del pasado» o que «ya no pasan» según su opinión. Así, surge la pregunta: ¿Sería posible imaginarse una educación antirracista que se basara, aunque sea para desmontarlos, en estereotipos de personas «blancas» y «negras»?

Por último, se trata de un discurso que, al querer hacer mínimas las referencias al cuerpo y el sexo, ha dejado de lado su importancia. Pero somos cuerpos con una identidad sexuada, somos sujetos sexuados. Además, como ha señalado Isabelle Clair para el caso de la investigación de los estudios de género en Francia, se da la paradoja de que uno de los elementos que había sido una de las principales

preocupaciones del feminismo de las décadas de 1960-1970, la sexualidad, ha devenido un elemento que ha desaparecido (2013)[4]. Pero, aunque los elementos referentes al cuerpo y al sexo nos puedan parecer problemáticos, no podemos dejar de lado el papel que juegan, tanto en el momento vital de la adolescencia como por el hecho de que justamente son esos elementos aquellos que más suelen salir en los debates. Desde la sexología se ofrece una forma de pensar esto, el continuo de los sexos, que puede sernos muy útil.

¿Más allá del poder?

Muchos de los estudios de género se han fijado, sobre todo, en las desigualdades estructurales entre hombres y mujeres en el ámbito de las representaciones, de los discursos científicos y del mundo laboral. Un enfoque habitual si tenemos en cuenta que este campo de estudio surgió y se desarrolló gracias a los feminismos. Entre estas esferas, el reparto desigual del poder ha sido seguramente una de las temáticas que más atención ha despertado. No en vano, en la definición que hacía de la categoría de género la historiadora Joan W. Scott, una de las más conocidas, «el género es una forma primaria de relaciones significantes de poder» (1990). De ahí, como se ha señalado desde la sexología, un campo de

[4] Los aspectos que explican esto en el caso francés son diversos y van desde la composición y luchas internas del Mouvement de Libération des Femmes (MLF) a, sobre todo, y quizás es lo que más puede interesarnos, a un intento deliberado de «sacar» los elementos entendidos como «naturalizantes» del análisis. De hecho, Christine Delphy, quizás una de las más icónicas militantes, afirmaba: «He optado desde el principio por interesarme por otros elementos y, sobre todo, por no mezclarlo todo, por no incluir necesariamente la sexualidad, como nos insta a hacer la ideología de género» (citada en Clair, 2013: 97).

conocimiento con complejas relaciones con los feminismos, los estudios de género han acabado «resulta(ndo) una teoría del poder —una teoría política— pero no una teoría de los sexos» (Amezúa, 2003: 61).

En este sentido, nos gustaría introducir tres aspectos. El primero es que en las relaciones entre los sexos, entre hombres y mujeres, no sólo hay poder y conflicto, sino también vínculos familiares, de amistad, convivencia y deseos. Esto no quiere decir ni que demos por «natural» la heterosexualidad ni que le quitemos peso a la vertiente de la dominación masculina. Tampoco negamos la existencia de una violencia estructurada. Sólo queremos recordar que las relaciones, el factor relacional, son complejas, cambiantes y poliédricas. No podemos dejar ningún factor de lado, pero tampoco poner el foco únicamente sobre una de las formas en que se vive esa racionalidad. De hecho, este mismo aspecto ha sido señalado por segmentos de los movimientos feministas y algunas de sus autoras destacadas. Así, para bell hooks el amor es un motor de cambio para los hombres, y ese amor no se entiende sólo como amor romántico (2021).

Por otra parte, desde la década de 1990, muchos estudios han puesto de relieve la multiplicidad de identidades —y su acción— que interseccionan a los sujetos cuando prestamos atención a una escala micro. Es lo que se conoce como la interseccionalidad (Crenshaw, alguna más). Esto hace que, aunque nuestro principal interés es la relación entre los sexos y los roles de género, no descartemos incorporar otras variables. De hecho, la complejidad de los diferentes escenarios aumenta, especialmente cuando entran otras identidades inferiorizadas en nuestras sociedades, como las de personas migrantes o racializadas. Este último elemento es de

importancia actualmente en nuestras aulas, no sólo por su presencia sino porque la intersección entre éstas y masculinidad puede ser un elemento de «resistencia». En el libro *Por amor o a la fuerza* de Cristina Morini, la autora problematiza todo esto de una manera bastante gráfica:

> La presencia de los y las inmigrantes pone, en definitiva, también en crisis el clásico modo en el que se ha planteado el feminismo occidental y su desarrollo, siempre construido en relación al uno. […] En realidad, ¿cuántas mujeres blancas están arriba, sentadas en el restaurante, mientras en las cocinas trabajan muchos hombres buij, indios, mexicanos, paquistaníes, «indígenas pobres»? (Morini, 2014: 60)

Por último, queremos aportar una reflexión sobre el mismo concepto de poder que utilizamos. En ese sentido, las elaboraciones del filósofo francés Michel Foucault supusieron un antes y un después en su forma de conceptualizar las distintas manifestaciones del poder. Para Foucault el poder no es sólo una relación de dominación, sino que el poder tiene muchas formas: se ejerce también a través de dispositivos y discursos que atraviesan toda la sociedad. Así «una sociedad como la nuestra […] relaciones de poder múltiples atraviesan, caracterizan, constituyen el cuerpo social; y estas relaciones de poder no pueden disociarse, ni establecerse, ni funcionar sin una producción, una acumulación, una circulación, un funcionamiento del discurso» (Foucault, 1979: 139). Creemos que hay que profundizar en la definición de poder de Foucault, y no entenderlo únicamente como dominio ejercido de manera unidireccional de un grupo sobre otro.

La culpa

Hay una idea persistente en el enfoque convencional que parte de la siguiente premisa: «los hombres han oprimido

históricamente a las mujeres». Esto acostumbra a provocar en los adolescentes (y también en los hombres en general) una sensación de responsabilidad individual sobre aquello que sucedió en el pasado, que, además, no tiene en consideración los contextos sociales e históricos que dieron lugar a esta opresión. Dicho enfoque puede crear una desconexión entre lo que los adolescentes perciben como acciones pasadas y aquello que pueden hacer ellos para cambiar las cosas en el presente. Muchas veces, sin embargo, no se tiene en cuenta que este tipo de discurso puede poner sobre ellos una carga emocional que les hace sentirse responsables de lo que no han causado. Esto puede provocar sentimiento de culpabilidad y puede llevar a una desmotivación, a un sentimiento de desesperanza e incluso a una contrarreacción.

Además, como también afirma Michael Kimmel, sociólogo especializado en masculinidades, cuando los hombres se sienten atacados o cuestionados pueden generar reacciones defensivas. Su libro *Guyland: The Perilous World Where Boys Become Men* analiza las dinámicas entre hombres jóvenes y las presiones sociales que les conducen a construir una identidad masculina que puede ser resistente a la igualdad de género: «Cuando los hombres se sienten cuestionados, pueden responder poniéndose a la defensiva, y entre los jóvenes puede tomar forma una identidad masculina refractaria a la igualdad de género» (Kimmel, 2008: 96).

Los niños aprenden las normas sociales y los valores a través de la familia, de la escuela y de los medios de comunicación. Cuando se introducen conceptos feministas que cuestionan las estructuras patriarcales, pueden sentirse responsables de problemas que no han creado. Según Émile Durkheim, la moralidad es un hecho social que se inculca mediante

instituciones como la escuela y la religión. Si un niño ha sido educado en un entorno donde los roles de género tradicionales se presentan como naturales y legítimos, el feminismo puede romper esta percepción y generar una sensación de desconcierto y de culpa. Por ejemplo, si un niño ha escuchado en casa que «los hombres protegen a las mujeres» y después aprende en la escuela que este pensamiento refuerza la desigualdad de género, puede sentirse culpable por haber aceptado una norma social impuesta. Si el discurso se enfoca exclusivamente en las injusticias causadas por los hombres, los niños pueden identificarse con el grupo «opresor» y sentirse culpables por el simple hecho de ser hombres, incluso sin haber ejercido conductas machistas. Aquí podemos aplicar el pensamiento de Jean-Paul Sartre, que habla de la «mirada del otro» (*le regard de l'autre*) como mecanismo que nos hace conscientes de cómo nos perciben los otros. Un niño que escucha que «los hombres han oprimido históricamente a las mujeres» puede empezar a verse a él mismo a través de esta mirada externa, y asumir un rol negativo por el solo hecho de haber nacido hombre.

Esta situación puede derivar en dos reacciones: una, la culpa y la necesidad de liberarse mediante la acción; y la otra, el rechazo defensivo, que le puede llevar a negar el problema o a atacar el feminismo, y construir entonces su identidad como hombre según estas bases. Un ejemplo de esto sería un niño que escucha de manera reiterada que «los hombres son privilegiados» en un contexto en que él mismo padece otras formas de desigualdad (por clase, raza o situación familiar). Si no se le explica la diferencia entre privilegios estructurales y

experiencias personales, puede generarse un sentimiento de culpa innecesario o, incluso, resentimiento hacia el feminismo.

Estos mecanismos muestran cómo la culpa puede aparecer en los niños cuando se enfrentan a discursos feministas si estos no se presentan de manera estructurada y con una pedagogía que les permita comprender la realidad sin sentirse personalmente atacados. Aplicando las perspectivas de Sartre y Durkheim, podemos ver que la culpa no es sólo una emoción individual, sino un fenómeno social que depende de cómo se transmite el conocimiento y de cómo cada individuo se ve a sí mismo dentro de su contexto. Alfredo Ramos, en *Perforar las masculinidades*, habla sobre un tema clave en las dinámicas de género, especialmente en lo que se refiere a las masculinidades y su relación con la culpa y la responsabilidad en los procesos de cambio personal y social. Ramos destaca que, cuando se enseñan conceptos de justicia de género a jóvenes, muchos de ellos llegan a comprender el qué está bien y el qué está mal en términos de género, pero a menudo no saben cuál es su lugar en este contexto de transformación social. Según Ramos, tomar la culpa como punto de partida para trabajar las dinámicas de género resulta contraproducente, ya que puede generar una vulnerabilidad reactiva. Esto quiere decir que, si empezamos hablando sólo de la culpa, esta actitud puede bloquear a los individuos, llevarlos a defenderse de una manera reactiva e, incluso, llevar a un sentimiento de incapacidad para cambiar.

De la culpa a la moral: Tutto cambia perché nulla cambi

Hemos visto que el discurso convencional se manifiesta también en la explicación que culpa a los hombres. Esta

culpabilización puede adoptar una forma moralista cuando se fundamenta en clasificar ciertos comportamientos como «buenos» o «malos». La moralidad, en abstracto, no contempla las condiciones históricas que la crean ni los comportamientos que genera como resultado. Uno de los peligros de este enfoque es que puede individualizar los problemas sociales, y desconectarlos de las estructuras que los originan. En lugar de cuestionar las dinámicas estructurales de poder, se tiende a poner el acento en el comportamiento individual. Así, se puede culpabilizar a los hombres por el machismo o las desigualdades de género, sin darse cuenta de que estas conductas son consecuencia de sistemas sociales y económicos que perpetúan estas dinámicas. Este tipo de discurso puede conducir a una pasividad política, ya que las personas pueden sentir que están haciendo lo correcto (como «ser más igualitarios» o «más sensibles»), pero sin cuestionar las raíces contextuales de las desigualdades.

Herbert Marcuse, en *El hombre unidimensional* (1964), analiza cómo las estructuras sociales pueden limitar la capacidad crítica del individuo, y convertirlo en un sujeto que, en vez de cuestionar el sistema, simplemente se adapta a él. El moralismo, en este sentido, también puede ser un mecanismo de control que reduce la reflexión crítica sobre las causas estructurales de los problemas y se limita a poner el énfasis en las responsabilidades individuales. Esto puede llevar a un cambio superficial que no llegue a transformar las dinámicas de poder a largo término.

En el mismo sentido, Judith Butler, en su concepto de la performatividad de género (1990), nos recuerda que los hombres no son simplemente «machistas» o «feministas», sino que reproducen normas de género según los contextos

sociales y las expectativas que se generan en su socialización. Un discurso moralista que se limita a señalar los comportamientos «machistas» sin comprender los procesos sociales subyacentes que los explican, puede llevar a los hombres a «impostar» una masculinidad deconstruida sin una verdadera reflexión interna. Así, el cambio deviene performativo y no transformador, ya que se limita a una actitud superficial sin penetrar en las causas profundas que generan el machismo.

Por otra parte, no podemos olvidar un elemento que pasa a menudo desapercibido. Muchas veces, detrás de nuestras intervenciones hay un discurso implícito que afirma que nuestra manera de ser hombre (respetuoso, cuidador…) o aquello que entendemos por ser mujer (autónoma) es la correcta. No queremos poner en cuestión la importancia de valores como la autonomía, a menudo de raíz ilustrada. Sin embargo, decir a las personas qué formas son las «buenas» (que, curiosamente, coinciden con las nuestras) mientras criticamos las suyas, no parece ser la mejor manera de promover el cambio subjetivo y social. Así, utilizar la moral como un «vaso» donde hemos sustituido conceptos antiguos por nuevos no implica realmente un cambio en el marco cognitivo subyacente. Todavía mantenemos la idea que las personas son responsables de sus actos de manera individual, sin examinar los contextos que los generan. La moral, en el fondo, no contempla los contextos, ya que se refiere a términos universales de *bien* y *mal*. Por lo tanto, nos vemos condenados a repetir los mismos efectos de control social que tenía la antigua moral, sin darnos cuenta de que, a pesar de los cambios aparentemente progresistas, no hemos hecho más que adaptar las formas de control sin cuestionar la base que

las sustenta. Un enfoque más adecuado sería aquel que tuviera en cuenta los contextos que producen los comportamientos individuales para comprender las causas sociales que los originan e intervenir en ellos. Pero esto implica abandonar el uso de la moral como instrumento. La moral no es útil para realizar este ejercicio, precisamente porque no tiene en cuenta los contextos.

Conclusiones y limitaciones

En su polémica obra *El género y los sexos. Repensar la lucha feminista*, Lucía González-Mendiondo escribe:

> La lucha contra el Patriarcado no es un enfrentamiento maniqueo entre hombres y mujeres, entre opresores y oprimidas, entre víctimas y verdugos. Tampoco es una competición entre lo masculino y lo femenino, como si hubiera una experiencia femenina y una masculina universales (2019: 175).

Esta afirmación plantea la necesidad de un enfoque que supere las dicotomías simplificadoras, y permite un diálogo más profundo sobre las estructuras de género y las formas en que éstas se pueden transformar «en la práctica». En este sentido, uno de los retos fundamentales es evitar que el discurso sobre las masculinidades quede recluido en una dinámica de culpabilizaciones y moralismo. Si bien es esencial reconocer las responsabilidades individuales y colectivas en la perpetuación del patriarcado, la simple asignación de culpa no resulta efectiva para una transformación real.

El riesgo de este enfoque moralizador es que puede llevar a respuestas reactivas o defensivas en lugar de favorecer una reflexión crítica y un cambio profundo. De hecho, varios

autores han señalado que la culpa como punto de partida puede resultar contraproducente. La culpa, en todo caso, podría servir para reconocer actitudes o comportamientos negativos, pero el verdadero cambio no debería basarse en la autoculpa, sino en la construcción de un espacio de transformación que fomente la reflexión desde las posibilidades y que evite respuestas defensivas o reactivas. Alfredo Ramos, en *Perforar las masculinidades*, defiende un enfoque más positivo y transformador para abordar la justicia de género y las masculinidades. Sostiene que el cambio no debe centrarse en la autoculpa. Debería partir de la construcción de espacios de reflexión y de diálogo que faciliten la deconstrucción de las estructuras de poder y promuevan nuevas formas de ser hombre en sociedad, basadas en relaciones más equitativas y respetuosas. Esta perspectiva es fundamental para evitar que la transformación de las masculinidades se limite a una adhesión performativa o impostada, tal como advierte Judith Butler en *El género en disputa*. Además, este debate debe situarse en el marco más amplio de las estructuras sociales y económicas que sostienen las desigualdades de género. Herbert Marcuse, en *El hombre unidimensional* (1964), ya advertía sobre los mecanismos que el sistema utiliza para absorber y neutralizar las críticas transformadoras. En este sentido, el riesgo del moralismo es que individualiza los problemas y desconecta los comportamientos personales de las estructuras y los contextos que los generan. Tal enfoque dificulta una comprensión profunda de los procesos de cambio.

Limitaciones del debate actual

Una de las principales limitaciones en este debate es la dificultad de integrar una visión que combine o pueda combinar el análisis estructural con las biografías de nuestro alumnado en el trabajo sobre las masculinidades. Aunque se ha avanzado mucho en el análisis de cómo los roles de género se construyen socialmente, todavía se cae a menudo en una lógica que prioriza el cambio individual sin abordar las transformaciones institucionales y sistémicas necesarias para una verdadera igualdad. Además, el moralismo y el sentimiento de culpabilidad desvían la atención del cambio social hacia la responsabilidad individual, y hace que las personas se centren más en su «pureza moral» en lugar de impulsar transformaciones colectivas. Esto, en muchas ocasiones, convierte problemas sistémicos en cuestiones de conciencia personal, y desactiva el potencial transformador del enfoque de género. También hay que tener en cuenta que los discursos sobre las nuevas masculinidades corren el riesgo de homogeneizar las experiencias de los hombres y no reconocer las diferencias que existen según la clase, la racialización, la orientación sexual y otros ejes de desigualdad. Esto puede llevar a enfoques simplificados, en tanto que monocausales, que no tienen en cuenta la diversidad de vivencias y que dificultan la construcción de modelos de masculinidad realmente inclusivos y diversos.

Finalmente, otro reto es la recepción social de estos debates. En un contexto de reacciones antifeministas y de discursos de retorno a los modelos tradicionales de género, la propuesta de unas masculinidades más equitativas a menudo se ve confrontada con resistencias culturales y políticas. Por eso, es fundamental continuar profundizando en estrategias

pedagógicas y discursivas que hagan este cambio accesible y significativo para amplios sectores de la sociedad y para el alumnado en particular.

En conclusión, es posible un nuevo enfoque sobre las masculinidades que, sin restar importancia a las violencias que viven las mujeres, permita un diálogo sin culpabilidad ni moralismo. Este enfoque debería integrar una perspectiva estructural y contextual que evite dicotomías simplistas. Habría que apostar por la construcción de espacios de reflexión y de transformación que favorezcan relaciones más equitativas y respetuosas en la sociedad.

Referencias bibliográficas

AMEZÚA, E. (2003), *El sexo, historia de una idea*, Revista Española de Sexología.
BELL HOOKS (2021), *La voluntat de canviar. Homes, masculinitat i amor*, Tigre de Paper.
BRIDGES, T. & PASCOE, C. J. (2014), «Hybrid masculinities: new directions in the Sociology of men and masculinities», *Sociology Compass*, 8 (3), pp. 246-258.
BUTLER, Judith (1990), *El género en disputa*, Paidós.
CLAIR, Isabelle (2013), «Pourquoi penser la sexualité pour penser le genre en Sociologie? Retour sur quarante ans de réticences», *Cahiers du Genre*, n° 54, pp. 93-120.
CONNELL, R. (2003), «La organización social de la masculinidad», en C. Lomas García (ed.), *¿Todos los hombres son iguales?: identidades masculinas y cambios sociales*, pp. 31-54, Paidós.
DURKHEIM, Émile (2021), *Il suicidio-L'educazione morale*, UTET.
FOUCAULT, Michel (1979), *Microfísica del poder*, Ediciones de la Piqueta.
FREIRE, Paulo (1992), *Pedagogia de l'esperança*, Siglo Veintiuno.
_____ (2002), *La pedagogia degli oppressi*, EGA Editore.
GONZÁLEZ-MENDIONDO, Lucía (2019), *El género y los sexos. Repensar la lucha feminista*, El Salmón.
GRAMSCI, Antonio (2014), *Quaderni dal carcere*, Giulio Einaudi.
HALBERSTAM, J. (2003), *Masculinidad femenina*, Egales.
KIMMEL, M. (2008), *Guyland: The perilous world where boys become men*, Harper Perennial.
MARCUSE, Hebert (1964), *L'home unidimensional*, Edicions 62.
MORINI, C. (2014), *Por amor o a la fuerza. Feminización del trabajo y biopolítica del cuerpo*, Traficantes de Sueños.
RAMOS, Alfredo (2024), *Perforar las masculinidades*, Bellaterra.
SARTRE, Jean-Paul (1999), *L'ésser i el no-res*, Edicions 62.
EL SALTO TV (18/4/2023): *Tropezar es de hombres 01x06. ¿Por qué no funciona la educación de género?*
SCOTT, J. W. (1990), «El género: Una categoría útil para el análisis histórico», en J. Amelang y M. Nash (eds.), *Historia y género: las mujeres en la Europa moderna y contemporánea*, Edicions Alfons el Magnànim.

PASQUINES

1. **Turismo o revolución**, Rodolphe Christin

2. **Contra la colapsología. Por una ecología libertaria sin cuenta atrás**, José Ardillo

3. **Eros satanizado. Sexualidad, deseo y pensamiento feminista**, Lucía González-Mendiondo

4. **Cambiar de revolución. Oponerse a la invasión tecnológica**, Grupo Marcuse

5. **La docilidad en tiempos de COVID. Reflexiones sobre el nuevo consenso ecologista y sanitario**, Ander Berrojalbiz & Javier Rodríguez Hidalgo

6. **Okupación rural**, Okupilla de monte

7. **La contradicción de Greta Thunberg. El ecologismo, la industria y la ciencia**, Louis de Colmar

8. **Defender la tierra. Estados Unidos y la ecología radical**, José Ardillo

9. **Once preguntas y advertencias sobre la tecnología**, Neil Postman

10. **Por una defensa de la naturaleza**, Bernard Charbonneau

11. **¿Nos vuelve internet estúpidos?**, Nicholas Carr

12. **Primaveras silenciosas**, Rachel Carson

13. **Quiero una tregua de 24 horas en que no haya violaciones**, Andrea Dworkin

Nuestra experiencia impartiendo talleres nos ha enseñado que la educación sobre masculinidades no puede reducirse a un discurso unidireccional ni a una lógica moralizadora, sino que ha de incluir un espacio para la reflexión conjunta, donde los participantes puedan reconocer las estructuras de poder que los atraviesan sin sentirse paralizados o culpabilizados, sino empoderados para el cambio.

La culpa puede aparecer en los niños cuando se enfrentan a discursos feministas si estos no se presentan de manera estructurada y con una pedagogía que les permita comprender la realidad sin sentirse personalmente atacados. Esta culpabilización puede adoptar la forma de una moralidad que, en abstracto, no contempla las condiciones históricas que la crean ni los comportamientos que genera como resultado.

Además, un discurso moralista que se limita a señalar los comportamientos «machistas» sin comprender los procesos sociales subyacentes que los explican, puede llevar a los hombres a «impostar» una masculinidad deconstruida sin una verdadera reflexión interna. Así, el cambio deviene performativo y no transformador, ya que se limita a una actitud superficial sin penetrar en las causas profundas que generan el machismo.

EDICIONES EL SALMÓN

24 €